

## Quinto domingo de Cuaresma B2024

Desde el comienzo de esta temporada, los dije que la Cuaresma era un tiempo de lucha contra el mal y un tiempo de elección a favor de Dios, un tiempo de verdadera adoración a Dios y un tiempo de experimentar el amor misericordioso de Dios. Hoy que celebramos el último domingo de esta temporada antes de la Semana Santa, quiero decirlos, finalmente, que la Cuaresma es un tiempo de renovación de nuestra Alianza con Dios.

La necesidad de renovar la Alianza se manifiesta en la primera lectura como consecuencia de la infidelidad de Israel. Debido a que la primera Alianza fue rota por el pecado de Israel, Dios decidió hacer una nueva al renovar su propiedad sobre su pueblo y colocando sus leyes dentro de sus corazones. Se comprometió a perdonar sus pecados y a no recordar nada de lo que hicieron en el pasado.

Esta forma de tratar a Israel es inherente a la naturaleza de Dios. Hoy, como fue en el pasado, Dios desea que vivamos en un vínculo sagrado con él, donde él es nuestro Dios y nosotros su pueblo. Él quiere sanar nuestras infidelidades al recrearnos de nuevo y dándonos un corazón nuevo. Él quiere perdonar nuestros pecados y permitirnos conocerlo, no con la cabeza, sino desde dentro, es decir, desde el corazón. Él quiere escribir sus leyes en nuestros corazones para que vivamos según ellas internamente y no simplemente externamente.

La renovación de la alianza con Dios exige ante todo la conversión del corazón, el abandono de los viejos modos de vida y el retorno a Dios. El evangelio de esta mañana nos dice que los griegos que acudieron a la fiesta de la Pascua en Jerusalén comprendieron bien que había llegado el momento de tomar una decisión a favor de Dios y establecer una relación con él. Por eso querían ver a Jesús y escucharlo. Como tenían un conocido en la persona de Felipe, hablaron con él y él a su vez habló con Andrés, y ambos fueron a ver a Jesús.

Vemos aquí cómo funciona la cadena de transmisión de la palabra de Dios. Felipe y Andrés se ven a sí mismos como un eslabón de la cadena al organizar el encuentro con Jesús en la consulta de los griegos. De esta manera se trata la obra de evangelización, es decir, ser un eslabón en la cadena de transmisión de la palabra de Dios a los demás.

Nosotros que ya conocemos a Jesús debemos ayudar a otros a encontrarlo y establecer una relación con él. Hoy somos intermediarios unos de otros, destinados a ayudar a otros a encontrar a Jesús y a tomar la decisión para el futuro de sus vidas. Esta temporada de Cuaresma nos recuerda este importante papel que desempeñamos.

Cuando nuestro Señor se dio cuenta de lo que sucedía a su alrededor, comprendió que también había llegado su hora de ser glorificado por el Padre. Sin embargo, no podría haber glorificación sin la cruz, porque sólo cuando el grano de trigo muere en la tierra puede producir mucho fruto. Es por eso que nuestro Señor dice: "El que ama a sí mismo, se pierde; el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se asegura para la vida eterna.

Al decir que "Si el grano de trigo, sembrado en la tierra, no muere, queda infecundo; pero si muere, producirá mucho fruto", nuestro Señor quiere decirnos que como un grano que se planta en la tierra y produce fruto, la vida viene sólo a través de la muerte. Siempre es porque hombres y mujeres han estado dispuestos a morir que se han hecho grandes cosas en el mundo.

Es también verdad al nivel personal: A veces, es sólo cuando enterramos nuestras ambiciones personales que comenzamos a ser de verdadera utilidad para Dios y a

convertirnos en sus verdaderos siervos. Las personas a las que el mundo recuerda con amor no son las que pasaron su vida protegiéndola, sino las que se olvidaron de sí mismas y sirvieron a los demás con abnegación. Esto es lo que nuestro Señor ha hecho y lo que quiere que hagamos por la iglesia y por nuestros hermanos y hermanas.

Permítanme volver a la idea de la gloria a través del sufrimiento. Seguramente, la idea de glorificación a través del sufrimiento le dio a nuestro Señor un poco de ansiedad. Pero no había nada más que hacer al respecto que obedecer al Padre. ¿No fue esta la razón por la que vino al mundo, es decir, para morir por la salvación del mundo? El mismo Padre mediante la voz que venía del cielo confirmó que sería glorificado, pero mediante el sufrimiento.

La experiencia de la ansiedad de nuestro Señor es absolutamente normal y humana. Nosotros también en el momento de nuestra muerte podríamos enfrentar ansiedad y miedo. Pero el hecho de tener estos sentimientos de angustia y miedo no significa falta de fe. Sólo significa que la posibilidad de perder la conciencia de todo lo de este mundo, como la familia o los bienes, nos incomoda ante lo desconocido de la muerte.

La angustia de nuestro Señor indica que, aunque era Dios, era claramente humano. Por eso la carta a los Hebreos dice que Jesús “ofreció oraciones y súplicas con fuertes voces y lágrimas, a aquel podría librarlo de la muerte, y fue escuchado por su piedad”.

A través de su sufrimiento y obediencia, nuestro Señor fue perfeccionado y se convirtió en fuente de salvación para todos aquellos que le obedecen. Nuestro Señor ha pasado por las experiencias más amargas de la vida humana, y por eso nos comprende en todas nuestras fortalezas y debilidades. No hay agonía humana en este mundo que no comprenda o por la que no haya entrado antes. Como ser humano, aprendió de todas sus experiencias que el Padre nunca lo abandona.

Esta experiencia de nuestro Señor es la que nos espera a cada uno de nosotros. En la hora de nuestra muerte, cualquiera que sea nuestra ansiedad y temor, Dios no nos defraudará. Tenemos la certeza de que él nos recompensará con la vida eterna. Sin embargo, esto no nos impide orar diaria e insistentemente por una buena muerte.

La experiencia de nuestro Señor en el momento crucial que precede a su pasión nos recuerda el dicho popular: “Sin dolor no hay ganancia”. Así como no hay ganancia sin dolor, tampoco hay gloria sin cruz. Al renovar la alianza con el Señor, ciertamente compartiremos su gloria. Pero es la gloria que nos llega a través del sufrimiento. Nuestro Señor mismo dice: “Y cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí”.

Oremos para que la Cuaresma sea para nosotros un tiempo de muerte a nosotros mismos y a nuestros pecados para permitir que la vida de Dios prospere en nosotros. Hagamos de nuestra Cuaresma una oportunidad para renovar nuestra alianza con Dios. Como los griegos que comprendieron que había llegado el tiempo del juicio del mundo, busquemos a nuestro Señor.

**Jeremías 31: 31-34; Hebreos 5: 7-9; Juan 12: 20-33**



Fecha de la Homilía: el 17 de Marzo 2024  
© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20240317homilia.pdf